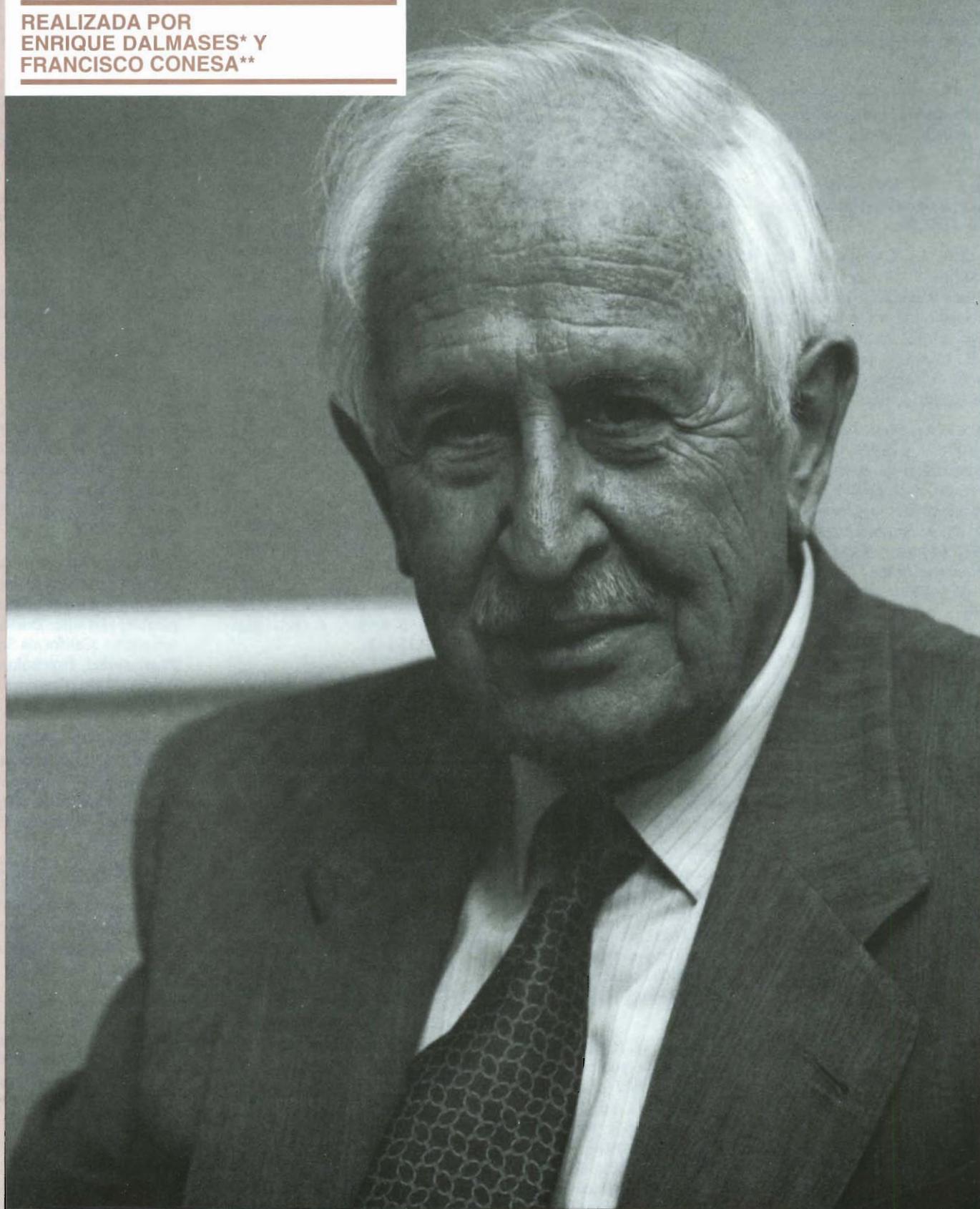


ENTREVISTA CON JOSE LUIS PINILLOS

REALIZADA POR
ENRIQUE DALMASES* Y
FRANCISCO CONESA**



PROFESOR: José Luis Pinillos

El pasado mes de mayo estuvo en Valencia, invitado por el Colegio Oficial de Psicólogos (P. V.), el profesor José Luis Pinillos que impartió una interesantísima conferencia titulada «Skinner, Darwin de la Psicología». Dicho acto se enmarcó dentro del ciclo de actividades que, desde la comisión de terapia cognitivo-conductual y la vocalía del área de Salud, viene organizando el Colegio como homenaje al máximo exponente del movimiento conductista, recientemente fallecido.

Fue todo un lujo contar con la presencia del ilustre profesor

Pinillos, que desde el primer momento se mostró encantado con la idea de participar en un homenaje de estas características y que, haciendo un hueco en su apretada agenda, nos brindó todo su apoyo y colaboración.

Los que tuvimos la fortuna de pasar algunas horas con él, conocimos, además del hombre experto y sabio en Psicología y Humanidades en general, a una persona entrañable, ágil y ameno interlocutor, con quien resulta sumamente fácil conversar sobre cualquier tema.

De José Luis Pinillos, a modo de breve y un tanto atípica presentación (absolutamente inne-

cesaria por otro lado, pues es sobradamente conocido) destacaríamos dos notas básicas. De una parte, su condición de profesor de profesores, algo que le ha valido el respetuoso calificativo del «viejo profesor» por el que le conocen las dos generaciones de docentes que un día fueron sus alumnos. De otra, su condición de humanista de la Psicología, en el sentido más amplio y general del término, muy por encima de adscripción teórica alguna. En este sentido, cabe señalar que el profesor Pinillos siempre ha mostrado, como constante de su obra, una profunda preocupación por el ser humano y ha expresado su temor ante todo movimiento,

psicológico o no, que pueda ofrecer una visión fragmentaria del ser humano y atentar contra el debido respeto a su dignidad.

La entrevista que con el profesor mantuvimos y que a continuación se transcribe es, posiblemente, la más extensa de él publicada y es un testimonio esclarecedor de la forma de pensar de un hombre —y en este caso nada más alejado del tópico— que con su dilatada experiencia de trabajo e investigación, ha contribuido brillantemente a construir la Psicología española y a hacer de ella una profesión en alza y socialmente cotizada. Por todo ello, gracias profesor.

ENTREVISTA

—Profesor, al hilo del título de su conferencia, ¿qué elementos en común cabe encontrar entre dos figuras de la historia, de la ciencia, como son Darwin y Skinner?

—Ambos, Skinner y Darwin, son hombres de frontera, hombres con que sus concepciones se enfrentan al mundo que les rodea. Incluso se puede encontrar un paralelismo entre el mecanismo de la selección natural y la conducta. Me explico; el mecanismo de selección natural cumple la misma función en la mejora de las especies, que el mecanismo de selección de respuestas en el desarrollo de la conducta.

Skinner es ante todo un interaccionista; no se puede decir que sea sólo y estrictamente ambientalista. Como he dicho antes es un hombre de frontera en un mundo en transición, que rompe con lo que hasta entonces había en Psicología y la deja preparada para nuevos cambios.

—La obra de Skinner ha suscitado tradicionalmente grandes polémicas, hasta el punto de poder catalogarlo, sin duda, como el autor más controvertido de la

Psicología. ¿Cuál es su posición personal frente al conjunto de su obra?

—Si la Psicología ha llegado a ser lo que actualmente es, una profesión socialmente cotizada, se debe a Skinner y al control de la conducta; precisamente, a que el psicólogo es capaz de hacer algo más, no sólo interpretar y especular, sino controlar los fenómenos que estudia. Ha convertido la Psicología en una ciencia experimental y no meramente basada en la observación e interpretación. Todo ello es obra y mérito de Skinner y esto se le reconocerá en cuanto pase el bache de silencio que hay ahora. Skinner es uno de los grandes de la Psicología y otras figuras destacadas, como Eysenck, que no son precisamente skinnerianas, le profesan un respeto enorme.

—Usted ha puesto de relieve en los últimos años una profunda preocupación por el ser humano, así como un cierto temor frente a una visión demasiado «experimentalista» o «simplista» del individuo. ¿Revela esta actitud un posicionamiento crítico ante algunos de los planteamientos de Skinner?

—Personalmente no estoy en desacuerdo con lo que hizo, sino en lo que dijo para justificarlo. Creo que la justificación es peor que el conjunto de su obra. Esta tiene sentido dentro de la concepción mecanicista vigente, pero es injustificable fuera de ese mecanicismo.

—Profesor, ¿no cree que el fallecimiento de Skinner, de un autor de su magnitud y relevancia, ha pasado un tanto desapercibido? ¿A qué puede deberse este hecho?

—En los últimos años su prestigio social estaba en declive. Incluso en los Estados Unidos había mucha oposición y hasta su sucesor, Herrenstein, se mostraba bastante crítico. Creo que se debe a la dimensión social que dio a lo que hizo. La manera como intentó justificar su obra pertenecía a un mundo que ya no es el nuestro. De ahí que su muerte haya pasado un tanto desapercibida y no haya tenido, por ejemplo, la repercusión que sí tuvo el 50 aniversario de la muerte de Freud. Este nunca renunció a la cuestión cultural y mantuvo valores permanentes de la cultura del hombre, que Skinner, sin embargo, trató de

sustituir, un poco ingenuamente, por otros, creyendo que con un diseño de cultura con contingencias de refuerzo se podía arreglar el mundo. Eso es lo que ha oscurecido la aportación verdaderamente importante de Skinner. Lo que dijo ha pasado, pero su obra sigue vigente, es productiva y con dimensión de continuidad.

—Profesor, al margen ya de Skinner, ¿piensa que la Psicología está avanzando, modificando su forma de interpretar la realidad, de igual forma o al mismo ritmo que lo hacen otras ciencias?

—Respecto a este tema los psicólogos hemos estado siempre muy pendientes de la Física, que era el modelo de ciencia desde Pitágoras. Pero claro, hemos tratado de imitar el modelo de la mecánica clásica, donde era muy difícil que cupiera la mente, la intencionalidad, la conciencia, etc. Todo ello, la subjetividad, no tenía lugar en esa óptica mecanicista. Con ese modelo la Psicología, para hacerse ciencia, ha tenido que dejar fuera toda una serie de problemas que son típicamente humanos.

Ahora, sin embargo, la Física ha roto con ese mecanicismo, se ha abierto a otras concepciones mucho más compatibles con la realidad humana, no sólo natural sino cultural. Ahora, eso es posible sin abandonar la ciencia, porque tenemos el modelo de la física cuántica, de sistemas complejos, etc. Es decir, el psicólogo de la mente ya no tiene porqué renunciar a nada. Ahora que los científicos hablan del tiempo psicológico y subjetivo, los psicólogos —porque tenemos intereses en otras rutinas— ¿vamos a renunciar a eso? Sería un error. Y eso no quiere decir que lo hecho hasta ahora no sea válido. Claro que vale (como vale la mecánica clásica), pero al igual que en Física ha dos nuevos modelos, la mecánica cuántica y la relativista que, lejos de anular lo anterior, la potencian y desarrollan, los psicólogos tenemos que abrirnos a cosas nuevas y no encasillarnos o imitar una Física que ya está desfasada.

Y, sobre todo, lo que más me preocupa, es que el modo de existir del hombre, el modo de responder a situaciones —que son históricas y culturales— necesita esa apertura de miras.

—Entre los temas que más parecen captar su atención en la actualidad se encuentra el de la Psicohistoria. ¿Podría precisar dicho concepto y explicar las razones de su interés?

—Encantado. Cuando la Psicología, a finales del siglo pasado, se hizo ciencia natural, hubo una gran discusión, una viva polémica por cuestiones de método. Se debatió hasta la saciedad sobre si había que anteponer el método naturalista al objeto, o si, por el contrario, el objeto psicológico requería una metodología distinta. Finalmente se optó por el método naturalista, porque en aquellos momentos era la única forma de hacer ciencia que había: fue una opción pragmática. Pero las cuestiones que entonces se debatieron siguen actualmente abiertas, pendientes y sin resolver. Ahora,

con la nueva concepción de la ciencia, esas cuentas pendientes han sido retomadas y la Psicohistoria responde, en gran medida, a la necesidad de disponer de un método que tenga en cuenta que el hombre es un ser histórico y cultural. Hay una ruptura entre la naturaleza y la historia, y, por tanto, el modelo de ciencia que elabore la interpretación de la conducta humana tiene que tener en cuenta esta realidad y poseer métodos adecuados para poder hacerse cargo de un ser que tiene experiencia y vida interior, algo que también forma parte del comportamiento. La Psicohistoria es una alternativa, un intento de salir del poder naturalista para abrirse a todo esto. Otra cosa distinta es que esté a la altura de las circunstancias y pueda cumplir su misión.

En realidad, hay dos tipos de Psicohistoria. Una, casi sociohistoria, que proviene de la escuela sociológica francesa, de la escuela de los anales de Durkheim y, otra, que proviene fun-

damentalmente del psicoanálisis, de Freud, muy interesada en el análisis y la interpretación biográfica. A mí, personalmente, me interesa más el problema de las mentalidades colectivas, el de la concepción del hombre, la concepción del mundo y de la vida..., que es un tema de enorme importancia que la Psicología ha tendido a descuidar, al quedarse en el nivel de conceptos empíricos y rechazar todo aquello que parecía filosofía, en el sentido más peyorativo del término.

La Psicohistoria es en definitiva la fundamentación de un nuevo paradigma en Psicología, un paradigma no naturalista, un paradigma cultural e histórico. En eso estoy, como Don Quijote luchando contra los molinos.

—En la actualidad hay en marcha importantes programas de investigación genética y biológica (proyecto genoma humano, proyecto década del cerebro...). ¿Se podrá en el futuro

llegar a un conocimiento tan exhaustivo de estas bases, hasta el punto de permitir explicar —incluso modificar— la conducta humana?

—No, creo que no. Sería un error reduccionista pensar que la pura biología, lo mismo que la pura cultura pueden explicar todo. La perspectiva cerebral, el conocimiento del cerebro es sin duda importante, pero lo que éste hace depende del mundo cultural. No hay cultura sin cerebro, no hay conciencia sin cerebro, pero ni la cultura ni la conciencia son el cerebro. Lo que se hace con el cerebro depende de la tradición cultural, del desarrollo del mundo de los valores y los significados, de hechos históricos en el curso de la historia.

—Y en términos de psicología-ficción, ¿podría llegar un día en el que se pudiera controlar la felicidad, la capacidad de sentir...?

—Esa utopía fue muy bien descrita por Aldous Huxley. En

El profesor Pinillos con el presidente de la Delegación y los autores de la entrevista.





todo caso el uso de la ciencia no es un problema científico, sino filosófico, cultural. La ciencia sirve para saber cómo funciona el mundo, pero ¿qué es lo que se quiere hacer con ese mundo?, ¿al servicio de qué modelo se pone? Eso depende de un proyecto cultural. Existe una gran diferencia entre lo que se llaman ideas de la razón y las categorías empíricas, que son con las que funciona la ciencia. Las ideas de razón son las responsables de regular el uso racional de los conceptos empíricos. La ciencia se mueve con hechos, renunciando desde el principio a los juicios de valor. Todos los hechos son absolutamente equivalentes desde el punto de vista científico. El criterio para discernir o diferenciar unos hechos de otros, nunca puede ser empírico. Los hechos son hechos y punto. El que unos hechos puedan ser mejores que otros, tengan distinto valor, depende de un criterio moral, y éste es filosófico, jamás empírico.

—**Hace escasamente dos años vio la luz lo que puede catalogarse como una obra definitiva en el panorama bibliográfico español. Nos referimos al colosal (12 tomos) «Tratado de Psicología General», del que es usted editor, en colaboración con Juan Mayor. Profesor, ¿puede**

hablarse ya de una corriente, un «pensamiento psicológico» español sin dependencia anglosajona?

—A mi modo de entender sí, aunque todavía hay una influencia del exterior considerable. La psicología que se recoge en ese tratado es fundamentalmente la que se ha hecho fuera, pero los autores que intervienen tienen ya obra propia, por lo que puede hablarse de un «modo español» de recibir la Psicología que se hace en otros países. Esto es sólo el comienzo, y al igual que hay una psicología en lengua francesa, existe ya una incipiente Psicología en lengua española, muy importante además, porque está libre de adscripciones de escuela, siempre limitadas e interesadas. Nuestra actitud es y debe ser la de estar atentos a todo lo que se hace, pero sin caer en compromisos rígidos. Nuestra actitud es como más abierta, en parte por llegar tarde, y en parte por estar inspirada en tradiciones como la de la Escuela de Traductores de Toledo. España es un país americano y europeo, es un punto estratégico donde la universalidad de puntos de vista ha estado siempre muy presente. Así, y a modo de ejemplo, las revisiones psicológicas que se hacen aquí son, por lo general, mejores que las

que se hacen fuera; en una revisión americana la bibliografía suele ser americana y casi siempre de una escuela concreta. En España, y el tratado es buena prueba de ello, no hay adscripción a una sola escuela y esa posibilidad de respeto a diferentes opciones, personalmente creo que es buena. Ortega decía que el conocimiento se perfecciona por la multiplicación de los puntos de vista; así es como en España se está enriqueciendo la temática psicológica.

—**Profesor, y ya para finalizar, ¿cómo surgió en usted el interés por la Psicología y por hacerse psicólogo?**

—Honradamente no lo sé muy bien; es muy difícil averiguar las motivaciones profundas, aunque sí conozco los condicionamientos superficiales. Primero quise ser piloto y luego catedrático de literatura. Mi afición a la Psicología empezó a raíz de las explicaciones que de ésta recibí en la facultad, cursando la carrera de Filosofía. Sin embargo mi interés se despertó mucho antes, al hilo de la lectura de novelas policíacas. Recuerdo que durante el bachillerato incluso me publicaron un artículo —lo primero que publiqué— que trataba de este tema. En una novela policíaca

aparece siempre el problema de las motivaciones humanas como algo crucial en el proceso de la investigación. En cierta ocasión adquirí un libro que se titulaba «Psicología del delincuente», y a partir de ahí empezó realmente mi afición por la Psicología. Ya en la facultad seguí el camino de la Psicología un tanto decepcionado por la Filosofía que se daba en aquella época. Luego, más tarde, estudié en Alemania y Londres, conocía a Brengelmann y a Eysenck, y me orienté hacia la Psicología conductista. Aprendí lo que era la ciencia, lo que era el empirismo, pero nunca he podido ser exclusivamente conductista, dado que he tenido otras formaciones.

—**Gracias profesor. ¿Desea añadir algo más?**

—Simplemente insistir y remarcar la necesidad de renovación en el seno de la Psicología, como hiciera Skinner en su día. En la actualidad existen muchas vías agotadas y no podemos seguir anclados en el pasado. Todo lo conseguido, todo el avance propiciado por los tests, y es un ejemplo, está muy bien, pero ya no se puede conseguir nada más por ese camino. Tenemos que abrirnos a nuevas concepciones, ser más creativos. El futuro de la Psicología depende de ello.